

PRETTY WOMEN



Joseto Romero



Cumplecuento 2022

CUMPLECUENTO

Pretty women

Cumplecuento nº 2
23 de marzo de 2022

Josefo Romero

PRETTY WOMEN

El sol ganaba altura y dejaba pasar sus rayos a través de la ventana del salón. El desayuno de domingo había desplegado tostadas con mucha mantequilla y ninguna prisa acompañadas de café recién hecho. Para los niños, hubo dos boles llenos de leche y cereales crujientes a mesa puesta. La cocina estaba ya recogida y Luisa se lavaba los dientes. Desde el baño, oyó los diálogos de una película y una pelota botando por el pasillo. Sin duda Alejandro era quien habría encendido el televisor y Víctor el que quería jugar al fútbol. Los conocía tan bien que, aun sin verlos, se imaginaba qué hacían, cómo se movían y la expresión de las caras de sus dos hijos en cada momento. Luisa se apresuró a terminar el cepillado, se enjuagó y gritó.

—¡Víctor! ¡Nada de botar la pelota dentro de casa!

El padre había salido a comprar pan y Luisa estaba sola para encargarse de los pequeños. Salió del baño y encontró a los dos en el salón. La pelota en el suelo abando-

nada en cualquier parte pero, al menos, quieta y sin que nadie la botara. Decenas de piezas de un puzle de Spiderman se esparcían sobre la mesita baja. La televisión, encendida. Los pequeños Alejandro y Víctor sentados de rodillas ante la encimera de cristal, repartiendo las miradas entre la película matinal que se emitía en ese momento y la multitud de piezas del puzle. Buscaban todavía las más fáciles de colocar, las de las esquinas y los bordes.

La madre se quedó un momento mirando todo aquello. En la pantalla del televisor, una joven con extrañas vestimentas practicaba artes marciales en lo alto de una colina, bajo la atenta mirada de un anciano de barba blanca. Parecía una película de aventuras apta para la edad de sus hijos, así que se limitó a bajar el volumen. A continuación, se dirigió a los niños.

—¿Queréis salir al parque a jugar? Hace un día buenísimo.

La respuesta surgió al momento y de los dos hermanos a la vez.

—Cuando terminemos el puzle —dijo Víctor.

—Cuando acabe la película —dijo Alejandro.

—¿Estáis seguros? Vuestros amigos ya han bajado.

—¿A ver? —Víctor corrió hasta su habitación y se asomó a la ventana que daba al parque. Solo vio a Carlota

y a Jorge, los vecinos del quinto, tirándose por el tobogán mientras sus padres les observaban desde un banco cercano bajo la sombra de un pino.

—No están todos —chilló Víctor desde su habitación —, solo veo a Jorge.

—Pero no tardarán en bajar los demás, ya verás —respondió su madre.

Unos minutos más tarde, la imagen del puzle de Spiderman había tomado cuerpo y se encontraba a medio construir. El anciano y la joven aprendiz de la película viajaban ahora al atardecer, atravesando a pie un paisaje evocador y acompañados por una banda sonora de orquesta en la que predominaban los instrumentos de cuerda.

—Venga, Álex, vámonos abajo —Víctor había recuperado la pelota y estaba plantado delante de su hermano, apremiándole a que se moviera.

—Ayúdame con el puzle y lo terminamos antes.

Una a una, a velocidad de dedos infantiles, las piezas completaron la figura del superhéroe. Luisa ya calzaba las zapatillas de salir a la calle.

—¡Ya vamos, mamá!

La mujer repasó el salón con la mirada para comprobar que todo quedaba en orden. Se alegró por Spiderman, que lucía magnífico saltando entre los edificios de acero y

cristal de la ciudad. Cogió el mando a distancia. De nuevo, la joven protagonista de la película practicaba sus complicados movimientos bajo la mirada estricta del maestro. En esta ocasión se la veía mucho más diestra. A Luisa no le gustaba la costumbre de sus hijos de encender siempre el televisor, la mayoría de las veces no hacían caso a la emisión y veían las cosas solo a medias.

—Pues si ya estáis, nos bajamos, chicos.

Luisa apagó el televisor y los tres salieron por la puerta de casa, hacia el parque.

—❧—

Tiamara detuvo su entrenamiento en seco. Ni siquiera esperó a completar la secuencia de catorce movimientos que estaba ejecutando. El maestro Zaan arrugó la frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó alzando su voz curtida por encima del sonido del viento.

—Han apagado el televisor —la joven aprendiz bajó los hombros—, ya nadie nos mira.

Zaan extrajo su zubul, el recipiente de barro y polvo de hueso cocidos en forma de huevo que utilizaba para preparar la bebida del mismo nombre. Sin perder la sereni-

dad de su postura india, comenzó a mover las manos en pequeños círculos a unos centímetros sobre el suelo.

—Sí, no hay nadie al otro lado. Siéntate conmigo, Tiamara, tomaremos zubul y descansaremos. Así recuperarás tu concentración.

La joven se sentó al lado de su maestro, abatida, y cruzó las piernas. Justo en ese momento, una llama surgió entre las manos de Zaan y este la dejó caer como si derramara el fuego en el suelo. Sobre las llamas danzantes, el anciano maestro colocó unas pequeñas trébedes donde apoyó su zubul. Separó la tapa de la parte superior del zubul para abrirlo, lo llenó de agua e introdujo despacio las hierbas en una combinación tan precisa que Tiamara quedó medio hipnotizada.

—No hay nadie al otro lado —repitió Zaan—, pero tú estás aquí, en las tierras salvajes de Oth, más allá de las Montañas de Hierro —el maestro hizo una pausa y apoyó su mano en el hombro de Tiamara. Tras unos segundos en los que no dejó de mirarla, se llevó esa misma mano a su pecho anciano—. Yo estoy aquí, contigo, en las tierras salvajes de Oth, más allá de las Montañas de Hierro.

—Sí, maestro, pero, ¿qué sentido tiene continuar nuestra aventura si nadie nos ve? Creía que al menos el hermano pequeño estaba interesado.

—Tú estás aquí. Yo estoy aquí —continuó Zaan, ignorando por completo las quejas de la joven—. Y también aquí, en este mundo, está el mago oscuro Vurgûl. Y tu familia, tu pueblo, todos esclavizados por él, siguen aquí.

Tiamara se removió, incómoda.

—Has progresado mucho. Tu poder aumenta. Conoces los movimientos de la Almara y comienzas a controlar los de la Faera.

Almara, la esencia humana, y Faera, la esencia de la naturaleza. Las dos claves de la magia. Un guerrero puede dominar la Almara, ser el más fuerte y el más diestro, pero no podrá alcanzar nada más allá del límite de su propio cuerpo y de sus armas. Hacer surgir el fuego, soplar el viento, dirigir el agua, vibrar la tierra o dominar los animales y las plantas, todo eso tan solo era posible a través de la Faera. El verdadero poder, bien lo sabía Tiamara, se encontraba en el equilibrio entre ambas esencias. Y ese equilibrio era su única oportunidad contra el mago oscuro Vurgûl, el más grande maestro jamás conocido de la Faera, pero que había descuidado la Almara.

—Al parecer, no importan ni Vurgûl, ni la magia, ni nosotros. No somos nada al lado de un puzle o una pelota —se quejó ella.

—Mi joven Tiamara, debes entender que no es sencillo captar la atención, menos aún la de un niño. No todos somos *Pretty woman*.

Tiamara había oído hablar de *Pretty woman*. Corrían rumores de que enganchaba a los espectadores con una fuerza inusitada, incluso a aquellos que ya sabían el final de la historia o que incluso podían repetir sus diálogos de memoria. Y lo conseguía sin magia, sin Almara y Faera, sin la fascinante exuberancia de las tierras de Oth.

Zaan sirvió el zubul hirviendo en dos cuencos de corteza de árbol de tumba, siguiendo la tradición antigua. Le ofreció uno a la joven.

—Debes decidir, Tiamara. Puedes vivir una vida hacia los demás o una vida verdaderamente tuya. Encuentra tu motivación en lo que haces, no en lo que quieres que otros te vean hacer. Las tierras de Oth quizá sean desconocidas, pero eso no significa que no necesiten ser liberadas.

Tiamara tomó el cuenco que le ofrecía su maestro y, en el momento en que sus dedos se tocaron, Zaan añadió algo.

—Hay otros caminos, otros misterios más antiguos y profundos que la televisión.

Las palabras de Zaan quedaron suspendidas en el aire. El viento había enfriado lo suficiente el zubul como

para poderlo beber sin peligro de quemarse la lengua. La tradición de Oth ordenaba tomar el zutul despacio y en silencio, dejar de hablar con los demás para hablar en pensamientos con uno mismo. Tiamara solía aprovechar estos momentos para repasar mentalmente los movimientos de la Almara y la Faera, con los ojos cerrados. Aquella vez, sin embargo, su conciencia estaba inquieta. Agradeció el calor que le proporcionó el primer sorbo de zutul y se dispuso a sumergirse en la calma de los siguientes minutos mientras disfrutaba de la bebida ritual.



Abajo, en el parque, el balón rodaba entre las piernas y los gritos de una pandilla de niños. Habían improvisado porterías a partir de troncos de árboles. Los padres se juntaron bajo la misma sombra, aunque las conversaciones se formaron por grupos. Por alguna razón, las madres hablaban con las madres y los padres con los padres. Alejandro desvió su concentración del partido de fútbol improvisado y se fijó en cómo padres y madres compartían el mismo espacio pero parecían vivir en mundos diferentes. Su instinto le hizo mirar entonces al tobogán. Allí estaba Carlota, la única niña de la pandilla, jugando sola. Parecía invisible a

todos los demás. El fútbol no la atraía en absoluto. Alejandro se dirigió hacia ella.

—¿Dónde vas? —preguntó su hermano en cuanto vio que el pequeño abandonaba el partido.

—Voy al tobogán, seguid sin mí.

—Álex, tío —se quejó Víctor—, no te vayas, seremos uno menos.

—Ganamos de cinco goles —se le ocurrió responder a Alejandro—, así estará más igualado, no me necesitáis.

Mientras la pandilla reanudaba el partido, Alejandro llegó a donde estaba Carlota y se sentó a su lado. Ella jugaba en la arena, bajo el tobogán.

—Hola —dijo el chico.

—Hola —contestó ella sin ni siquiera alzar la mirada.

Pasaron unos segundos. Alejandro se fijó en que el tobogán arrojaba una franja de sombra que les protegía.

—Estábamos en una cueva —dijo el niño tal cual se le ocurría. Esta vez Carlota empezó a escucharle de verdad—. Pasábamos aquí la noche para protegernos. Fuera hacía frío y encendíamos un fuego. Tú eras una aprendiz de maga y yo tu maestro, como un abuelo o más de viejo.

Carlota sonrió. Miró a su alrededor. Igual que Alejandro había encontrado una cueva maravillosa debajo del tobogán, ella buscaba algo para aportar al nuevo juego que se estaba poniendo en marcha.

—Teníamos una misión —arrancó a contar, despacio, la niña—. Nuestros amigos estaban esclavizados por el malvado mago Balón.

Aquello era un giro que le encantó a Alejandro.

—Solo quedábamos tú y yo en todo el mundo para liberarles —añadió el niño.

—Sí, porque uníamos nuestras fuerzas —Carlota y Alejandro desviaron la mirada a los adultos, divididos aún padres y madres en dos grupos—. Éramos de tribus diferentes que jamás compartían sus secretos. Por separado, ninguna de las tribus podía luchar contra el mago malo. Nosotros nos habíamos escapado para hacer una magia nueva más poderosa juntando los conocimientos de las dos tribus, aunque eso estaba prohibido.

Alejandro se asombró de la gran imaginación de Carlota. La historia que estaban inventando se había convertido en un juego de lo más emocionante.



En ese instante, con el último sorbo de zubul, Tiamara entendió que, para llegar a ser una maestra, no necesitaba la atención de miles de espectadores pendientes de sus progresos. Zaan observó cómo su aprendiz se ponía en pie y reanudaba su entrenamiento, ejecutando a la perfección una secuencia tras otra de movimientos de Almara y Faera. Además de la fuerza de su propio cuerpo, Tiamara sintió que el viento la acompañaba. Jugó a detenerlo y a impulsarlo una y otra vez.

Tenía mucho trabajo por delante si quería llegar a enfrentarse a Vurgûl. Les separaban las enormes distancias de la geografía de Oth, pero Tiamara sabía que el camino más duro era el interior, el dominio de la Almara y la Faera. El destino de Oth estaba en sus manos. A Tiamara ya no le importaba si era o no una *pretty woman*.

GRACIAS POR LEER

Cumplecuento es mi manera de celebrar el cumpleaños compartiendo, cada año, un cuento original con las personas más cercanas. Espero de verdad que hayas disfrutado de este relato. Me encantaría que te suscribieras a **Holoceno 13000**, mi boletín personal para lectores. Tan solo es necesario un clic en el siguiente cuadro.



¡Nos vemos en el próximo cuento!

Joseto Romero, 23 de marzo de 2022